



## LA MUJER SERPIENTE DE LA FERIA

El puesto de juguetes de Ramón, especialmente sus cochecitos de plástico, es lo que mejor recuerdo de la feria de Villanueva antes de que a los 5 años me secuestrara la emigración a Alemania. Desde entonces he visto muchas ferias, no solo por cuestión de años cumplidos, sino por geografías visitadas. En Alemania en los años 70 no estaba el puesto de juguetes de Ramón ni tampoco el puesto de los turrone, otra de las cuatro cosas que nos ofrecía la feria de Villanueva. En Oberndorf, el pueblo en el yo vivía, no recuerdo una feria como tal, lo que había era la feria de la Cerveza o Oktoberfest, que consistía en beber cerveza en jarras de a

litro procurando no acabar en el río Neckar -los adultos- y algún puesto con salchichas y algodón de azúcar -para nosotros los niños-. Sin embargo, fue en los coches de tope de Oberndorf donde me dejé los dientes de leche, en choque frontal con un coche alemán, que son muy burros los niños alemanes, que por algo los llamábamos los cabezas cuadradas. ¿Fue en el Oktoberfest? Puede, pero no lo recuerdo.

Sí recuerdo un verano que viajamos hasta algún pueblo mayor de los alrededores y allí había otras cosas, quiero decir, cosas de feria, y era verano, así

que debió tratarse de una feria a la alemana. Por ejemplo, allí encontramos a la mujer serpiente. Sí, la mujer serpiente. Había que pagar un marco por entrar a la caseta que lo anunciaba. Una vez dentro, efectivamente había una mujer serpiente. No me refiero a ninguna de las contertulias habituales de los programas de telecinco, no, era una cabeza de mujer que tenía cuerpo -si se puede llamar así- de serpiente. ¿Cómo es eso? Ni idea, supongo que era un juego de espejos, una hipnosis producto de la emigración o los primeros ensayos de algún descendiente del gran mago Houdini. No era un muñeco, pues la cabeza hablaba, en alemán eso



sí, y mi tío Francisco le preguntó qué comía, a lo que respondió que conejos. Ya lo saben, las mujeres serpientes comen conejos, al menos las alemanas.

Años después, cuando volvimos de la emigración y nos instalamos en Córdoba capital, la feria se transformó en un evento grandioso, con coches de tope, el látigo, caballitos pony, norias, salón de los espejos y, como no, mujer serpiente. Sí, también en la Córdoba capital de 1978 había mujer serpiente, aunque no le pregunté si comía conejos por miedo a que me hablase en alemán. Con los años la mujer serpiente fue desapareciendo de las ferias, incluso desapareció el mono con el que te podías echar una foto por unas pesetas y que si te descuidabas te mordía la oreja.

De un modo o de otro, todos las geografías tienen sus ferias. Incluso en Japón, donde me pilla de nuevo la feria de Villanueva y no me queda más remedio que ir a las ferias de aquí. ¿Hay feria en Tokio? Por supuesto, en verano abundan, siempre cerca de un monasterio budista o un santuario sintoísta. Y en estas ferias hay multitud de puestos que en vez de turrón venden plátanos caramelizados, pulpo a la plancha y pinchitos de caballo -yo creo que es pony-. Los niños más pequeños se entretienen sobre todo pescando pececitos con una red, tarea no fácil, pues si cogen dos a la vez la red se rompe por el peso y hay que volver a soltar unas pesetas, yenes en su caso. En estas ferias japonesas la gente se viste con yukata, que es un kimono de algodón con el que soportar el calor húmedo nipón. Eso sí,



echo en falta norias, caballitos, ya saben, construcciones de esas que lo ponen a uno malo de imaginarse dentro dando vueltas y vueltas como si fuésemos el bosón de Higgs. De lo que se trata sobre todo es de comer y beber, especialmente sake. Como a la mayoría de los japoneses les falta la enzima que metaboliza el alcohol, al final de la noche la mitad andan como alelados, con una cara de felicidad pasmosa, como de novio tonto que no sabe que en realidad la novia del altar es un travesti.

Dicho esto, vistas las diferencias entre las ferias del sol poniente y la del sol naciente,

solo me queda congratular a los nipones pues han sabido mantener las costumbres ancestrales de las ferias de la humanidad. No, no me refiero, a beber y a comer, ni al tiro al blanco, ni a los puestos de churros -¡han llegado a Tokio y con ese nombre!-, ni siquiera a los fuegos artificiales que en Japón son un espectáculo que dura dos horas. No, me refiero, como pueden ver en la foto, a la única, a la genuina mujer serpiente. En Tokio, sigue viva.

**Fernando González Viñas**

